

primeros fulgores de la geografía física, extendida á todos los climas, á todas las alturas, y así pudo aspirar la historia á ser verdaderamente universal, saliendo la arqueología de los estrechos límites del clasicismo, y creando la geología y la etnografía. Ofreciéndose tantos objetos nuevos á la reflexión en tiempos en que la inteligencia había creído renovarse simplemente con el refinamiento de las formas, se pasó á la mayor abundancia desde la mas grande escasez de ideas, y aquellas nociones que nacen de un contacto mas íntimo con el mundo material, modificaron los opiniones, las leyes, las costumbres y hasta la política misma.

Este incremento de la educación particular fué causa del engrandecimiento, que tomó la general, y dió principio á una nueva vida de inteligencia, de sentimiento, de esperanza, de tentativas, de ilusiones: surgieron nuevas industrias, reformáronse las antiguas. Enriqueciase, fortaleciéndose, el espíritu humano: el que se encontraba arraigado en la sociedad antigua, refugiábase ahora al Nuevo Mundo: la razón esclareciéndose, tomaba nueva osadía, y de este modo un descubrimiento puramente material produjo un cambio moral inmenso, indefectible, eterno.

Motivos tuvo, ciertamente, la razón para humillarse, al contemplar los abismos en que la especie humana puede sumirse en su barbarie, y las monstruosidades á que puede arrastrarla la sed del oro; pero también se la ofreció ocasión propicia para enorgullecerse, al contemplar al hombre arrostrar en frágiles leños desconocidas tempestades, y convertir en instrumento para la propagación de la cultura aquel elemento mismo que parecía destinado á impedirlo. En los viajes es, con efecto, donde mas se deja ver el poder del hombre, cuando lucha con la indómita naturaleza, aventurándose á peligros desconocidos, y pasando alternativamente desde los ardientes rayos del sol de los trópicos á las heladas nieves de los polos, para rasgar los velos que cubren los arcanos de nuestro planeta; pero al mismo tiempo puede observarse cómo pesa sobre él en ocasiones tales aquella influencia superior que solemos llamar fortuna, y cómo una mala embarcación, un aventurero insensato, un naufrago infeliz lleva á cabo importantísimos descubrimientos, mientras que la expedición mejor acondicionada y mas provista va á hacerse pedazos contra una roca.

Esta coincidencia de aventuras, no concertadas, pero dirigidas todas á un gran fin, acompañó á los primeros descubrimientos; de modo que se sucedieron no solo con una rapidez, sino con una oportunidad maravillosa. Los Turcos, con la toma de Constantinopla, habían amenazado invadir de nuevo la Europa, y Selim, destruido que hubo el reino de los mamelucos en Egipto, podía hacerse árbitro del comercio, teniendo en su poder la llave de cuantos caminos conducen á la India. Él, igualmente que Soliman, demostraron la inteligencia necesaria para

conocer la importancia de conservarla en su mano, y el último de ellos publicó un código de comercio, y envió sus escuadras al Mar Rojo para desalojar á los Portugueses apenas en él se presentaron; mas estos, abriendo una nueva vía por el Cabo de Buena Esperanza, impidieron el incalculable incremento del poderío musulmán, y evitaron el que Europa sufriese la preponderancia mercantil de aquellos Turcos, cuyo poder militar había comenzado á sentir.

Una vez abierto el nuevo paso, por él se habría deslizado todo el dinero de Europa á países que para nada necesitan del nuestro, de modo que se hubiera agotado entre nosotros, y con él el comercio; pero hé aquí que surge América con sus minas, y en breve tiempo se conocen todos sus contornos, como para probar que la fortuna no abandona á las naciones perseverantes, y favorece á las audaces. La España, atendiendo solamente á su provecho inmediato, destruye los naturales, tiraniza á los colonos, oprime á estos y á los Europeos con absurdas providencias para encerrar el oro en su seno; mas este á su vez pasa de sus manos ensangrentadas á las industriosas de los Portugueses, Franceses, Holandeses é Ingleses, como precio de manufacturas europeas ó mercancías de la India, y el descuidado orgullo de los Españoles fomenta la industria de la Europa entera.

Los Portugueses encontraron naciones cultas y comerciantes: los Españoles, por el contrario, gentes bárbaras y desnudas, sin agricultura, sin comercio, sin hierro, ni animales domésticos, y aquellos por consiguiente obtuvieron ventajas inmediatas, mientras que estos solo las realizaron despues de trabajar las minas de Méjico y del Potosí. Fué bastante para aquellos el encontrar puertos, estaciones y puntos á propósito para establecer factorías, sin necesidad de colonias, ni de agricultura, ni de labores, dejando que los naturales procurasen las mercancías que ellos trasportaban: los Españoles, por la inversa, tuvieron que fundar colonias, utilizar con su industria las riquezas naturales del Nuevo Mundo, y adquirirlas en el cambio con las manufacturas europeas, y este es otro de los medios por los que América contribuyó, mas aun que los viajes á la India, á dar vida y animación á la industria en Europa.

Por otra parte, observad todavía nuevas coincidencias. Un Italiano descubre la América, y este descubrimiento es la ruina de la Italia: conquistanla los Españoles, y la España se empobrece. Los Italianos, que tanta parte tuvieron en las primeras expediciones, no vuelven despues á presentarse en ellas, porque el nombre de Italia se borró de la lista de las naciones: los Españoles mismos cesaron muy pronto de cooperar á los descubrimientos posteriores, y un mundo que el dedo pontifical había destinado para España y Portugal, es perdido para estas naciones, y pasa á manos de las que fueron por él desheredadas.

Una experiencia costosa enseñó cuán erróneos

eran los medios por los que se pretendía dar animación al comercio y á las colonias, dando á unos privilegios con perjuicio de otros, agobiando á la naturaleza misma con los dones que mas generosamente ofrece. Cuanto mas se aumentaron los rigores para conservar el monopolio, mas los supo eludir el contrabando, y las colonias que se emanciparon demostraron plenamente que el suelo colonial puede cultivarse por manos libres, con tal que no se pongan trabas á la venta de sus productos.

Una compañía es fuerza que tenga intereses diametralmente opuestos á los de la colonia, y como que puede dictar leyes y condiciones por su propio interes, procurará la ruina de esta y la proseguirá con aquella ambición, que si admite el freno de la caridad en un individuo aislado, no tiene correctivo alguno en las asociaciones. Quedó esto demostrado por do quiera que el comercio fué privilegio de una sociedad, y como los errores económicos castigan tarde ó temprano al mismo que los comete, se vió que todas las compañías, despues de un instante de prosperidad, cayeron en el abatimiento para concluir con su disolución. Aun aquella que se distinguió sobre todas las demas, hasta el punto de dominar un imperio mas vasto que el de la misma Roma antigua, se vió precisada á descubrir sus llagas para invocar remedios que retardaron su muerte, si bien consiguió resolver un problema que los siglos habían dejado sin resolución. La India, antes y despues del descubrimiento del Cabo, había sido siempre el abismo en que se sumergía todo el oro del mundo: á ella iba el que los Españoles sacaban de América: los buques de Holanda, de Inglaterra y de Portugal, llevaban las mercancías indianas de la península del Ganges al Pegú, á Siam, á Ceilan, á Achem, á Macasar, á las Maldivas, á Mozambique, á todas las costas de aquel mar, y de todas traían dinero á la península: á ella refluyó también el que los Holandeses recibían del Japon, y aunque en la India se necesitaran la especia, el cobre, la canela y la nuez moscada que recibían de los Holandeses, y el estaño de la Inglaterra y los caballos de la Persia y de la Arabia, y el almizcle y los vasos de la China, y los frutos del Cabul y las perlas de Bahrein, todas estas mercancías las recibía en cambio de productos del país.

Solo se verificó la mutación despues de la conquista de los Ingleses, y especialmente desde que el hombre tuvo el vapor á su servicio, enviamos al Oriente no solo dinero, sino también nuestras manufacturas y los mismos finísimos tejidos que pedíamos un tiempo á la India y á la China. Antes de esto, sin embargo, los Ingleses sacaban continuamente dinero de la India, obligando al indígena á comprarles el alimento; porque, como ya dijimos, dedicaron los campos todos al cultivo de la adormidera, que los suministra las soporíferas gotas con que envenenan la China, de la cual extraen el té que produce nueva riqueza á la Inglaterra.

¿Á qué fin tan desenfadada tiranía? Para que el comercio inglés permaneciese encadenado en empresas que la industria privada había hecho mas productivas, y para que la nación pagase á mayor precio las mercancías procedentes de la India y de la China. Con efecto, apenas destruido el monopolio en 1814, vimos cubrirse aquellos mares de emprendedores atrevidos, redoblar la actividad y el lucro, facilitarse el consumo, hacerse cincuenta veces mayor la exportación de los tejidos ingleses, y todo esto evitando al Estado los enormes gastos que le producía el sosten del monopolio.

Conozco las razones por las que se creen útiles las colonias, á saber: el ejercicio que por su medio se proporciona á la marina; el respeto que se logra inspirar á la bandera de las diferentes naciones; la gloria, por último, que á estas resulta; pero el Asia no es lo que era en los tiempos de Vasco de Gama y de Alburquerque, ni debe temerse que la media luna eclipse el espléndido sol de Europa: la América, mas bien que en la conquista del antiguo continente, se dirige á consolidar su emancipación, y á darnos continuos ejemplos de inimitable libertad, única venganza que toma de los golpes que por nuestros padres sufriera.

En el ínterin, los presupuestos de todos los Estados demuestran cuán onerosas les son las colonias, y la Martinica y Guadalupe tienen para con la Francia una deuda de 130.000.000, mientras que solo se valúa en 300.000.000 el valor total de su propiedad inmueble. Con las colonias, pues, no se hace mas que restringir el número de consumidores y vendedores: la legislación se ve precisada á recurrir á reglamentos absurdos para sostener un estado de cosas repugnante á la naturaleza, y la moral se subleva contra la esclavitud, inevitable quizas en aquel sistema, cuya destrucción produciría la emancipación de los esclavos. Las colonias septentrionales pudieron emanciparse porque eran agrícolas, y en su consecuencia se convirtieron en naciones propias é indígenas; pero varían las circunstancias en las Indias Orientales y en las posesiones de España y Portugal. Acontecimientos extraordinarios, como la revolución francesa ó las guerras de España, pudieron crear una república ó un imperio de Negros en Haití, y constituciones en la Colombia; pero por lo demas, nada se hace que ponga á las colonias naturalmente en el camino de la emancipación, á no ser que los mismos Europeos las abandonasen para situarse en otros puntos inmediatos donde obtuviesen los mismos productos.

La reflexión práctica viene aquí á hacer una pregunta: ¿por qué han de hacerse en aquellas regiones apartadas las plantaciones que prosperarian del mismo modo en Sicilia, en España, y principalmente en las costas africanas, en donde crecen espontáneamente el algodón, la caña de azúcar, el café, y donde son casi indígenas los Negros, que á tanta costa se

transportan á América? Y la ciencia pregunta también: ¿para qué buscar el azúcar en la isla Guadalupe ó en la Habana, cuando puede sacarse del maíz y de la remolacha?

Sé las respuestas que se dan á estas preguntas; pero léjos de ser decisivas, no son mas que razones de conveniencia que no deben tener fuerza alguna para el porvenir. Otras adquisiciones, otras glorias, se buscarán entónces en los descubrimientos, y la propagacion de la cultura, y la libre comunicacion de los productos, y la mutua satisfaccion de las necesidades y de los placeres, y la intimidad entre los hombres de apartados climas para que cumplan de acuerdo su destino, serán los resultados que se buscarán y obtendrán por aquellos.

Si la civilizacion vino del Oriente al Occidente, nada mas admirable que la inclinacion que siempre manifestó á volver hácia su origen, y el afan con que los imperios todos, en el instante mismo de su mayor esplendor, procuraron asegurarse la posesion de los lugares que dan paso para el Asia. Alejandro fundaba su ciudad en el punto en que el istmo de Suez separa del Mediterráneo los mares que conducen al extremo del Oriente: Constantino elegia sobre el Bósforo un nuevo nido para el águila romana, nido que debian despues disputar los Cruzados, los Mogoles, los Turcos y los Rusos; los califas transportaron la silla de su imperio y el gran mercado de su comercio desde su península nativa á Bagdad y á Bassora; los Francos procuraron plantar la cruz en Palestina y en las costas de Siria; Colon y Vasco de Gama se dirigian por opuestos caminos en busca del mismo país; los hombres se obstinan contra los eternos hielos del polo ártico para encontrar un paso mas breve que lleve á él, y hoy mismo véis á la Rusia y la Inglaterra, únicas potencias conquistadoras, extenderse continuamente hácia el Oriente, la una por el Cáucaso, la otra por la India, mientras dirigen codiciosas miradas al istmo de Suez y al Bósforo. La Inglaterra tiraniza hoy aquellas Indias, cuya antiquísima constitucion hacia tan difícil penetrar en ellas, y en el inmenso espacio que média entre el Indo y Bramaputra, y el Mar Indiano y las montañas del Tibet posee 83.000,000 de súbditos y 15 de vasallos y tributarios. La Rusia ocupa la vertiente septentrional del antiguo continente hasta Kamschatka y el Mar de Behring, y sujetando á tribus errantes que reduce á la vida agrícola, se prepara á llevar á China á las hordas mismas que en otras ocasiones la conquistaron; pero despues de haberlas civilizado. Entretanto, los contrabandistas saltan por encima de sus murallas, y entran en sus puertos insultando y desafiando sus leyes: una expedicion de unos cuantos miles de Ingleses contra un imperio de 350.000,000 de hombres es causa de que por la paz de Nankin (agosto de 1842) se abran cinco de sus puertos á la Europa, para que prosiga allí también su marcha triunfal, y satisfaga sus inextinguibles deseos de movi-

miento, su afan del infinito; y la isla de Hong-Kong, en manos de los Ingleses, será muy pronto otro Gibraltar que domine el Rio de Canton.

Por lo demas, hoy dia puede circunnavegarse el globo, por via de recreo, en dos años, y si queréis mayor alegría, una compañía de cantantes italianos habrá concluido dentro de poco este viaje, repitiendo las armonías de Rossini en el Cabo, en Goa, en Calcuta y en Macao. La América ve impaciente que el estrecho istmo de Panamá prolongue miles de millas la travesía del uno al otro de los mares que bañan sus costas, y las naciones europeas se apresuran á ocupar posiciones favorables para el momento en que las Antillas disten solo un breve espacio de las Marquesas. En el ínterin, los buques de vapor se remontan por el Eufrates, el Tigris, el Indo y el Níger: la Inglaterra tiene establecidas comunicaciones periódicas con el Norte de la América y el extremo de la India: el Cabo no es ya el único camino para el Oriente, al que se llega por los grandes rios de la Mesopotamia, y por Alejandria, el Cáiro y Suez, ó al ménos llegan las cartas y las mercancías de poco bulto, hasta que llegue á abrirse aquella lengua de tierra; entónces ¿no podria resucitar Venecia? ¿y qué destino estará reservado en este caso para la Sicilia, y para la Italia toda en aquel Mediterráneo, que llegaria á ser de nuevo el puerto de la Europa entera? Un Italiano no puede pensar en esto sin estremecerse de alegría.

Gran dificultad era en otro tiempo el recorrer 16,000 metros por hora en las postas; ahora hombres y mercancías recorren hasta 54,000, y remontándose 800 ó 900 leguas por los rios de mas rápida corriente, se fundan Estados en países que parecian destinados á eterna separacion de las naciones civilizadas. ¿Quién podrá, pues, decir los efectos que producirán las vias férreas cuando lleguen á surcar todo nuestro continente, dirigirse á Constantinopla, libre ya del yugo musulman, y á Trebisonda que recobra su antigua importancia, y desde donde se abren ya comunicaciones por Erzerum y Táuris con Abukir en el Golfo Pérsico, y desde aquí con Bombay?

Adelante, pues, con presteza; que los descubrimientos son un deber sagrado, puesto que conducen á satisfacer mejor las necesidades, á extender el dominio del hombre sobre regiones de la creacion celeste, incultas todavía, á poblar el mundo de gente cada vez mas perfecta, á producir familias regulares y amigas en países que solo conocieran desórdenes y enemistades, y á aproximar mas y mas entre sí á los hombres y las naciones, á fin que de consuno dominen y usufructúen la naturaleza.

La civilizacion debe, sin embargo, perfeccionar sus medios de extension. En tiempo de Colon guiaba á las naciones el entusiasmo, carácter dominante de aquella época, y ahora todo es frio cálculo: entónces se pretendia la conversion por la fuerza, y ahora los Ingleses llevan la tolerancia en sus posesiones de la India

hasta el punto de permitir que las viudas continúen arrojándose al fuego que consume los cadáveres de sus maridos: entónces aun el hombre mas honrado se permitia gravísimas crueldades, en la orgullosa creencia de la superioridad de su naturaleza, y hoy aun el mas malvado se abstiene de los excesos, por respeto á aquella opinion que encontró un órgano tan formidable á las iniquidades en la prensa libre. Hoy dia, pues, los descubrimientos tienen un objeto científico ó filantrópico, y si los antiguos ensalzaron á aquel rey de Sicilia que no puso otra condicion á los vencidos Cartagineses que la de que abandonaran los sacrificios humanos, en nuestra época, todos los tratados con los Negros del interior del África, igualmente que entre príncipes europeos, encierran la cláusula de abolirse un tráfico infame, para cuya supresion parecen excusables hasta los abusos. Ahora, pues, es preciso gobernar á los colonos con la persuasion, con el ejemplo, con la eficacia de una civilizacion superior; respetar la individualidad de los pueblos, y persuadirse de que debe llegar un tiempo en que el hijo se emancipe del padre, al cual no prestará ya el auxilio de serviles brazos, sino el libre concurso de la inteligencia.

Demasiadas pruebas ha habido de cuánto se engañan las naciones que adoptan por sistema el egoísmo y la exclusion, y que buscan su interes á despecho de los del género humano: los buques de vapor han hecho, ademas, casi imposibles los celos coloniales, y el libre comercio del azúcar, el café y el algodón, que en adelante

se consentirá en las colonias, hará resultar las ventajas del libre cultivo, y demostrará ser innecesaria la esclavitud, de la cual solo puede resultar mal, y mal para todos, no existiendo bondad de corazón, ni leyes humanas, ni clemencia en los amos que basten á mejorarlas.

Á la política de exclusion, por tanto, seguirá la de asociacion fraternal y de recíproca generosidad: nacido para vivir con la lucha, el hombre la continuará, no ya para dominar á los hombres, sino á la naturaleza, y solo despues de conocida la superficie entera de nuestro planeta podrá esperarse que reciba la civilizacion el carácter de grandeza y generalidad que debe distinguirla.

Ahora bien: quedan todavía por explorar el corazón del Asia y del África, de la China y de Nueva Holanda, y el ardor reflexivo con que todos los pensamientos se dirigen hácia aquellos países, parece anunciado por circunstancias, y acaso irá seguido de efectos análogos á los que presenciaron los tiempos de Colon. Entónces eran recientes los descubrimientos de la pólvora y la imprenta, como ahora lo son los del vapor y el electro-magnetismo: entónces caía el poder musulman en España, como ahora desaparece ó se trasforma en Constantinopla: entónces renacian los estudios clásicos, como ahora los orientales: entónces nació la Reforma y la consolidacion de las nacionalidades europeas; nuestros hijos verán lo que ahora se prepara; pero puede asegurarse que ni los Luteros, ni los Carlos V, ni los Cortés y Pizarros serán los héroes de las nuevas revoluciones futuras.